



UTILIDAD DE LO BELLO



Un hombre tiene, por don natural ó por desarrollo de educación, el sentido de lo Bello. Suponedle frente á una obra maestra, aunque sea de una de esas obras maestras que parecen inútiles, es decir, que son creadas sin consideración directa de lo humano, de lo justo y de lo honrado, desprovistas de toda preocupación de conciencia y de hechos, sin más objetivo que la belleza; es una estatua, es un cuadro, es una sinfonía, es un edificio, es un poema. En apariencia aquello no sirve para nada; ¿de qué utilidad es una Venus?, ¿y la flecha de una torre?, ¿y una oda acerca de la primavera ó de la aurora? Poned á aquel hombre frente á esa obra. ¿Qué ocurre en él? Lo Bello está ahí. El hombre mira, escucha; poco á poco hace más que mirar, ve; hace más que escuchar, oye. El misterio del arte comienza á obrar; toda aquella obra de arte es como una boca de calor vital; el hombre se siente dilatado. El resplandor de lo absoluto, tan prodigiosamente lejano, irradia á través de aquella cosa, resplandor sagrado y casi formidable á fuerza de ser

puro. El hombre se absorbe cada vez más en esa obra; la halla hermosa; siente que se va introduciendo en él. Lo Bello es verdadero por derecho. El hombre sometido á la acción de la obra maestra palpita, y su corazón se parece al pájaro que, presa de fascinación, bate las alas con mayor prisa.

Quien dice hermosa obra, dice obra profunda; tiene el vértigo que le produce aquella maravilla entreabierta. Los artificios de lo Bello son innumerables. Sin que ese hombre, sometido á la prueba de la admiración, se dé claramente cuenta de ello quizás, aquella religión que sale de toda perfección, la cantidad de revelación que hay en lo Bello, lo eterno afirmado por lo inmortal, la prueba encantadora del triunfo del hombre en el arte, el magnífico espectáculo ante la creación divina de una creación humana, emulación inaudita con la naturaleza, la audacia que tiene aquella cosa de ser una obra maestra junto al sol, la inefable fusión de todos los elementos del arte, la línea, el sonido, el color, la idea, en una especie de ritmo sagrado, de acuerdo con el misterio musical del cielo, todos esos fenómenos se empujan obscuramente y efectúan, sin saberlo él, cierta perturbación en su ser. Perturbación fecunda. Una inexpresable penetración de lo Bello le entra por todos los poros.

Ahonda y sondea cada vez más la obra estudiada; reconoce que es una victoria para la inteligencia el comprender aquéllo, y que quizás no todos son capaces ni dignos de lograrlo; hay excepción en la admiración; una especie de orgullo que le mejora se apodera de él; se siente elegido; le parece que aquel poema le ha escogido. Está poseído por la obra maestra. Por grados, lentamente, á medida que contempla ó á medida que lee, de escalón en escalón, subiendo siempre, asiste sorprendido á su crecimiento interior; ve, comprende, acepta, sueña, piensa, se enternece, quiere.

Cierra los ojos para ver mejor, medita acerca de lo que ha contemplado; se absorbe en la intuición, y de pronto, preciso, claro, incontestable, victorioso, sin turbación, sin nieblas, sin nubes, en el fondo de su cerebro, cámara obscura, aparece el deslumbrador espectro solar de lo ideal; y aquel hombre tiene entonces otro corazón.

Algo se yergue en él y algo se inclina; la contemplación se ha vuelto luz que ciega por su brillo, la meditación se convirtió en piedad. Parece que aquel espíritu ha renovado su provisión de infinito. Se siente mejor. La misericordia y la mansedumbre desbordan en él. Si fuese juez, absolvería; si fuese sacerdote, apagaría el infierno. La obra maestra inconsciente dió á aquel hombre todo género de consejos serios y bondadosos. Un impulso misterioso en sentido del bien brotó para él de aquel pedazo de piedra, de aquella melodía que se parece á la vocalización de la alondra, de aquella estrofa en la cual no hay más que flores y rocío. La bondad brotó de la belleza. Hay extraños efectos de manantial que se asemejan á las comunicaciones de las profundidades entre sí.

Lady Montagu, después de haber visto en el Trippenhaus de Amsterdam la Amaltea de Jordaens, exclamó: —*¡Quisiera tener aquí á un pobre para vaciarle mi bolsa en las manos!*

Ser grande é inútil no es posible. El arte, en las cuestiones de progreso y de civilización, aunque quisiera ser neutral, no podría. La humanidad no puede trabajar sin que la ayude su principal fuerza, el pensamiento. El arte contiene en sí la idea de libertad, *artes liberales*; las letras contienen la idea de humanidad, *humaniores litteræ*. El mejoramiento humano y terrestre es resultante del arte, á veces inconsciente y consciente más á menudo. Las costumbres se suavizan, los corazones se aproximan, los brazos se en-

trelazan, las energías se socorren mutuamente, la compasión germina, la simpatía estalla, la fraternidad se revela, porque se lee, porque se piensa, porque se admira. Lo Bello entra rayo en nuestros ojos y sale convertido en lágrima. Amar está en la cima de todo.

El arte conmueve. De ahí su potencia civilizadora. Los que se conmueven son los buenos, los que se conmueven son los grandes. Todo mártir ha sido conmovido y por la emoción se volvió impasible. Las grandes firmezas proceden del llanto. El héroe piensa en la patria, y sus ojos se humedecen. Catón comienza por el enternecimiento.

Insistamos acerca de esta verdad ignorada y sorprendente: el arte, con la única condición fiel á su ley, lo Bello, civiliza á los hombres por su propio poder, hasta sin intención, hasta contra su intención.

No es posible dudar de que, si alguna vez un espíritu, en medio de las miserias de la tierra, frente á catástrofes y atentados, en presencia de todas esas cosas que llamamos derecho, honor, verdad, desinterés, deber, ha representado la voluntad absoluta de indiferencia, este es Horacio. Aquella vasta rabia de Juvenal contra el mal, aquella espuma del león justo, buscadla en Horacio; hallaréis una sonrisa. Horacio es el neutro; quiere serlo á lo menos. Un talento que se quiere eunuco, ¡qué terrible frío! Si tiene una fe, es contraria al progreso. Es el indiferente implacable. La saciedad, he ahí el fondo de su serenidad. Horacio hace su digestión. Tiene el contento rendido del que está ahito. Ha cenado bien en casa de Mecenas, no le preguntéis nada más; ó viene de jugar una partida de pelota con Virgilio, tan legñoso como él. Se han divertido mucho. En cuanto á los tiempos presentes ó pasados, en cuanto al *fas* ó al *nefas*, en cuanto al bien y al mal, en cuanto á la verdad y á la mentira, no le

preocupan. Su filosofía se limita á la benévola aceptación del hecho, sea cual fuere. La iniquidad que da buenas comidas es su amiga; es el comensal nato del crimen que ha triunfado. Tomar en serio el horror público, ¡no faltaba más! Eso daría un tinte obscuro á su estilo, que quiere permanecer transparente; su hexámetro, tan libre ante la prosodia, es esclavo ante César; aquella danza concluye echándose boca abajo. Sus epístolas tienen esa sabia prudencia que tuvo La Fontaine más tarde. «El prudente dice, según el tiempo: ¡Viva el rey! ¡Viva la liga!» Sus sátiras no ejercen sobre las leyes y las costumbres ninguna vigilancia; el espantoso espectáculo permanente de las Esquilias logra de él, al pasar, un verso indiferente. Sus odas mencionan los dioses, forman eco casi maquinalmente á la oda sacerdotal griega, y equilibran á Júpiter con César; en cuanto al amor, el *puer* al cual se dirigen gustosas, es hermano del Batilo de Anacreonte y del Coridón de Virgilio. Añadamos á cada paso la obscenidad enteramente cruda. He ahí al poeta. ¿Qué es el hombre? Un cobardón que arrojó su escudo en la batalla, un sofista de los apetitos, con un solo fin, el goce, un hombre que dudaba y únicamente creía en la posesión del momento, un hijo del pueblo convertido en doméstico en casa del Tirano, que se burla de la república al día siguiente de verla muerta, un Romano que tiene tras sí á Roma muerta por Octavio y que ni siquiera vuelve la cabeza para mirar el sagrado cadáver de su madre. Tal es Horacio...

Pues bien, leedlo. Ese escéptico os consolidará, ese cobarde os inflamará, ese corrompido os dará salud; y de la lectura de ese hombre que no es bueno saldréis mejor.

¿Por qué? Porque Horacio es bello.

Y que á través del mal, que se halla en la superficie, lo bello, que está en el fondo, obra.

Forma, la belleza. Lo bello es la forma. Prueba extraña é inesperada de que la forma es el fondo. Confundir la forma con la superficie, es absurdo. La forma es esencial y absoluta; procede de las entrañas mismas de la idea. Es lo Bello; y todo cuanto es lo bello, manifiesta lo verdadero.

La emoción que produce leer á Horacio es exquisita. Es un goce enteramente literario y singularmente profundo. Se embebe y absorbe uno en ese raro lenguaje; cada pormenor tiene su sabor particular. Una fuerte cantidad de buen sentido es desgraciadamente conciliable con el rebajamiento moral; todo ese buen sentido existe en Horacio. Entre las cuatro paredes del hecho consumado, ¡cuán exactamente raciocina! Pero ahí es donde se aprende á distinguir entre exactitud y justicia. Según dijimos ya, no es bueno, pero no es malo. Ser malo implica un esfuerzo; Horacio no hace esfuerzos.

Su estilo se coloca entre él y el lector, primero como un velo, luego como una claridad, luego como una forma de otra cosa que ya no es Horacio, que es la Belleza. Se efectúa cierta desaparición de Horacio. El lado despreciable se oculta debajo del lado amable. La ignominia atenuada se vuelve fruslería: *Nescio quid meditans nugarum*. Esa filosofía cobarde en aquel estilo flexible es grata de ver flotar como el cinto desceñido de Venus; no hay medio de ahuecar la voz contra tal encanto. Ese verso Frine enseña su cuello y su pecho, y ya no hay allí jueces, sino hombres vencidos. ¿Es acaso malsana esa victoria del estilo sobre el lector? No. El éxtasis literario es esencialmente honrado. Es imposible tomarla á mal y no disfrutar de ella. Cierta castidad se desprende de toda poesía verdadera. Poco á poco el buen sentido de Horacio pierde el mal olor de su origen, aquel estilo puro lo filtra, y únicamente se siente el ascendiente de esa

razón. Horacio es claro y límpido. El lector experimenta la mayor alegría al ver tan claro en un espíritu, en un talento, á través de un espesor de dos mil años. Horacio es un compuesto de razón que puede ser divina y de sensualidad que puede ser bestial; ese compuesto, especie de ser mixto muy humano, por lo demás, discute en la epístola, ríe en la sátira, canta en la oda, se condensa en el verso, produce una especie de luz y se transfigura en sabia prudencia.

Es sabiduría de pájaro. Beber, comer, dormir, trinar al amanecer, hacer el nido, amar. Esa sabiduría, que antes de ser de Horacio era de Salomón, se vuelve buena en aquella poesía; tan sana es esa poesía, en la cual hay perfume, besos y rayos de luz.

Todas las censuras contra la pedantería están ahí: prosodia dislocada, cesura desdeñada, palabras cortadas en dos; pero en esa licencia, ¡cuánta ciencia! Tal hemistiquio es una delicia y, sin embargo, se protesta de él. El contacto de ese verso fino, agudo y fuerte es todo educación para el pensamiento; es una verdadera voluptuosidad manejar esos hexámetros con los dedos de luz del talento; se vuelve uno delicado tocando ese divino estilo; y el más bárbaro sale de ahí civilizado. Luis XVIII, filósofo relativo, decía: —Horacio es quien me ha vuelto liberal.

Se medita acerca de esos infinitos recursos de ligereza y de fuerza. El verso familiar se revuelve, se yergue, salta, va, viene, se registra con el pico, y no tiene más que un cuidado, ser bello. ¿Hay algo más encantador que un gorrión entregado al arreglo de sus plumas? Horacio llega á ese gran poder que tiene la gentileza de los niños; se impone con indolencia é insolentemente; tiene la plena libertad de la gracia; el despotismo de la elegancia reside en él.

Es el burlón que, cuando quiere, se vuelve lírico; y cuando quiere ser lírico, aventura que le ocurre á

menudo, es casi grande. Algunas de sus odas son un triunfo. Las odas de Horacio hacen pensar vagamente en jarrones de alabastro. Tal estrofa parece llevada por dos brazos blancos sobre una cabeza luminosa. Así es como ciertos versículos de la Biblia parecen volver de la fuente.

Tal es Horacio. Otros poseen facultades más augustas, una terrible irradiación flamígera, el rayo en las garras, la virtud fiera que se cierne, la ofensiva contra los malvados, las cóleras sublimes, todas las espadas que es posible desenvainar, la indignación, los grandes espacios, los grandes alientos, una reverberación de Cocito (1) ó de Apocalipsis; Horacio, en cambio, reina por el encanto sereno. Tiene lo que podría llamarse blancura del estilo.

Cosa maravillosa, y esas son las sorpresas crecientes del arte contemplado, sí, puede asegurarse que en Horacio, las ideas, lo que se llama *el fondo*, es únicamente la superficie, y que el verdadero fondo es la forma, esa forma eterna que, en el insondable misterio de lo Bello, se une á lo absoluto. ¿Queréis otro ejemplo? Tomemos á Virgilio.

¿Qué hay de más mezquino como idea que esto? Octavio Augusto admitido entre los astros, y las estrellas apartándose para dejarle sitio. Jamás la adulación pudo ser más abyecta. Esa es la idea, el fondo, ¿no es verdad? Es servil y vergonzoso. He aquí la forma:

«Tuque adeo, quem mox quæ sint habitura deorum
Concilia, incertum est; urbesne invisere, Cæsar,
Terrarumque velis curam et te maximus orbis
Auctorem frugum tempestatumque potentem
Accipiat, cingens materna tempora myrto;
An deus immensi venias maris, ac tua nautæ

(1) Uno de los cinco ríos infernales que, según la mitología, rodeaba el Tártaro con sus ondas amargas y fangosas.—(N. del T.)

Numina sola colant, tibi serviat ultima Thule,
Teque sibi generum Tethys emat omnibus undis;
Anne novum tardis sidus te mensibus addas,
Qua locus Erigonen inter Chelasque sequentes
Panditur: ipse tibi jam brachia contrahit ardens
Scorpius, et cæli justa plus parte relinquit:
Quiquid eris (nam te nec sperent Tartara regem,
Nec tibi regnandi veniat tam dira cupido,
Quamvis Elysios miretur Græcia campos,
Nec repetita sequi curet Proserpina matrom),
Da facilem cursum, atque audacibus annue cœptis,
Ignarosque viæ mecum miseratus agrestes,
Ingredere, et votis jam, nunc assuesce vocari.»

Leo esos versos, sufro esa forma, y ¿cuál es su primer efecto? Olvido á Augusto, hasta olvido á Virgilio; el cobarde tirano y el cantor cobarde se borran; como Horacio hace poco, el poeta se eclipsa en la poesía; entro en la visión; el cielo prodigioso se abre sobre mí, penetro en él, me cierno, me precipito, veo la región incorruptible é inaccesible, la inmensidad espléndida, los astros misteriosos, esa vía láctea, ese zodiaco que lleva cada mes al cenit un archipiélago de soles, ese escorpión que contrae sus enormes brazos, la profundidad, el azul del firmamento; y por la idea, por lo que llamáis *el fondo*, estaba yo en lo pequeño; y por el estilo, por lo que llamáis *la forma*, me hallo en lo inmenso.

¿Qué decís de vuestras distinciones entre la forma y el fondo?

Hay dos hombres en aquel hombre, un cortesano y un poeta; el poeta esclavo del cortesano, ¡ay!, como el alma de la bestia en la máquina humana. El cortesano tuvo una idea vil, se la confió al poeta; el águila, con un gusano de la tierra en el pico, no deja de volar por eso hasta el sol, y de la idea baja hizo el poeta una página sublime.

¡Oh santidad involuntaria del arte! ¡Esplendor propio del espíritu del hombre! ¡Belleza de lo bello!

Todos cuantos desarrollos se dan á una verdad convergen, y por eso volvemos aquí á una observación hecha á propósito de Horacio: hay en esa soberbia página una superficie y un fondo; la superficie es lo que llamáis idea primera, es el elogio cortesano de Augusto; el fondo es la forma. Por virtud del gran estilo, la superficie, la adulación al amo, inmunda corteza de lo sublime, se rompe y se abre, y por la hendidura aparece el estrellado fondo del arte, lo eternamente bello.

Ideal y belleza son idénticos; ideal corresponde á idea, y belleza á forma; por consiguiente, idea y fondo son congéneres.

Aquí llegamos, con ayuda de la lógica, á una verdad casi peligrosa: el arte civiliza por su propio poder. La obra, participando de la influencia general de lo bello, tiene una acción independiente, en caso necesario, de la voluntad del obrero y, aun á través del vicio del artista, irradia la virtud del arte. La Fontaine, inmoral, civiliza; Horacio, impuro, civiliza; Aristóteles, inicuo y cínico, civiliza.

En realidad, si quiere uno elevarse para mirar el arte, hasta esa altura que todo lo resume y en la cual se borran lo mismo las distinciones que las colinas, en realidad no hay ni fondo ni forma. Hay, y en eso está todo, el poderoso brotar del pensamiento que lleva la expresión consigo, el chorro completo del conjunto, bronce por el horno, estatua por el molde, la erupción inmediata y soberana de la idea armada del estilo. La expresión sale, como la idea, por autoridad; no menos esencial que la idea, hace con ella su encuentro misterioso en las profundidades, la idea se encarna, la expresión se idealiza, y llegan ambas tan

penetradas una de otra, que su unión se ha convertido en adherencia. La idea es el estilo; el estilo es la idea. Tratad de arrancar la palabra, y os lleváis parte de la idea misma. La expresión sobre el pensamiento es lo que debe ser, vestido de luz para aquel cuerpo de espíritu. El genio, en ese alumbramiento sagrado que constituye la inspiración, piensa la palabra al mismo tiempo que la idea. De ahí esos profundos sentidos inherentes á la palabra; de ahí lo que se llama palabra de ingenio.

Es error creer que una idea puede emitirse de varias maneras distintas. Conservando naturalmente al poeta soberano, el magnífico derecho de desenvolver, alta facultad que corresponde á los que habitan en las cimas, el poner en evidencia al rededor del pensamiento central todas las ideas vecinas, sin dejar de conservar esa facultad y ese derecho, que son la esencia misma de la poesía, afirmamos que una idea sólo tiene una expresión. Esa expresión es la que sabe hallar el ingenio. ¿Cómo sabe hallarla desde arriba? Por el aliento. A veces sin saber cómo, pero siempre con certeza. Instinto de águila.

Para él, creador, la idea con la expresión, el fondo con la forma, es la unidad. La idea sin la palabra sería una abstracción; la palabra sin la idea sería un ruido; su unión forma su vida. El poeta no puede concebirlas distintas. El Alfeo idea y Aretusa expresión; el Arve amarillo y el Ródano azul corriendo uno junto á otro durante muchas leguas sin confundirse; no, ciertamente, nada semejante. No hay, en el milagro de la idea hecha estilo, dos fenómenos, algo parecido al abrazo de dos gemelos, por estrecho que sea. No. Es la fusión en la cual la materia fundida no ha dejado veta, es la mezcla en su más alto poder, es la amalgama que no permite diferenciar una cosa de otra, es la intimidad elevada á identidad.

Los que intentan deshacer pedazo por pedazo esa torcedura divina, los vivisectores de la crítica, ni siquiera tienen la satisfacción que produce la mesa de disección al anatomista; ver entrañas por aquí, sesos por allá, manchas de sangre, una cabeza en un cesto; en una parte el fondo, en otra la forma. Nada. Llegan en el acto, si tienen buena fe y si poseen un gran sentido crítico, á lo indivisible, á lo indisoluble, á lo congenial, á lo absoluto, y dicen: fondo y forma son el mismo hecho de vida.

Lo bello es uno.

Lo bello es alma.



MONTÓN DE PIEDRAS

II



El dolor reviste formas diversas, como el hombre. Se padece como se puede.

*

Se cree de los demás lo que sería uno capaz de hacer.

*

La felicidad no da aviso de nada.

*

El buey sufre, la carreta se queja.

*

El orgullo es león, el egoísmo es tigre, la vanidad es gata.